

ven hijo Manuel y una numerosa cohorte de criados. Napoleón, Becker, Bertrand y Savary habíanse quitado sus uniformes, y llevaban sencillos vestidos de viage á fin de no llamar la atención de los curiosos y evitar reuniones en el camino. Solo Gourgaud marchaba con su grande uniforme en una berlina de gala del emperador, con el objeto de que la atención del pueblo excitada por aquel lujo y aparato, se fijase únicamente en aquel carruaje, y evitar de este modo los peligros del camino, si la perfidia de los enemigos del emperador los hubiesen acaso preparado, ó bien si la espontánea emoción de los pueblos hacia á sus habitantes que se agolpasen hácia su señor.

Las poblaciones por donde Napoleón había forzosamente de pasar, apenas se hallaban pacificadas por completo de las insurrecciones realistas en contra suya, por cuya razón Becker deseaba precipitar la marcha todo lo posible, ya para asegurar cuanto antes el depósito que le estaba confiado, ya también para declinar en breve la responsabilidad que pesaba sobre su alma. Más al llegar á Rambouillet, Napoleón quiso pasar allí la noche, conservando siempre, aun en el camino para el destierro la ilusión que sostenía en su mente hacia diez días, sin poder llegar á persuadirse de que la Francia dejase partir á su héroe sin volver á llamarle. Durante el largo insomnio que sufrió en Rambouillet, su imaginación no se ocupó mas que de sus ilusiones de llamamiento del pueblo, del ejército, de las Cámaras acosadas, según él, desde su marcha de los mayores remordimientos y de un vivo deseo de detenerle. Pasó la noche prestando el oído con la mayor atención á cuantos rumores se dejasen sentir en la población, y haciendo ir diferentes veces al general Gourgaud á escuchar desde el camino de la Malmaison si en el silencio de la noche se sentía el ruido de los pasos de los correos que incesantemente aguardaba por aquella parte.

Excellmans, con efecto, había llegado en la noche del 29 á Vincennes con dos divisiones de dragones, siempre dominado de la misma idea que había ya comunicado al emperador por conducto de su ayudante de campo el coronel Sencier. Aquel general, lejos de desanimarse con la primera negativa de Napoleón, trataba de vencer su indecision, y al efecto confió su proyecto al general Doumesnil, comandante de Vincennes, que le anunció la marcha de Napoleón. Entonces Excellmans ya no pensó mas que en ilustrarse á sí propio por medio de un golpe de audacia contra los prusianos.

XXVII.

Como durante aquella noche ninguna nueva se recibió de París, el emperador no consintió en abandonar á Rambouillet hasta el día siguiente, 30, al medio día. Hubiérase dicho que trataba de saborear hasta el último instante los recuerdos de su grandeza y del imperio que aquella augusta mansion le traía á la memoria. A eso del medio día emprendió la marcha hácia Chateaudun, donde se había estendido la voz de que Napoleón había perecido en un encuentro con los prusianos. Mientras mudaban los caballos fué reconocido por la muger del maestro de postas, que no desplegó sus labios, y derramó copiosas lagrimas al reconocerle. Atravesó despues á Tours y á Poitiers sin detenerse, y en Saint Maixent se vio rodeado su carruaje por un grupo amenazador, mas el general Becker consiguió abrirse paso por medio de un oficial de la gendarmeria á quien el tumulto atrajo á la plaza. Por fin, ya de noche llegaron á Niort. Napoleón, tranquilo respecto á su seguridad, al verse en una población en la cual había concentrado algunas tropas de observacion contra la Vendée, quiso detenerse

allí otro día, y pasó la noche en la casa de postas. Apenas se despertó abrió la ventana complaciéndose en dejarse reconocer por los húsares que estaban limpiando sus caballos en la plaza. El grito de «viva el emperador», que era la palabra de orden de las tropas por doquiera, puso en movimiento á todo el pueblo y atrajo á sus habitantes al pie de aquella ventana. El prefecto acudió al punto y le hizo aceptar su propia casa, y así el pueblo como la tropa no cesaron en todo el día de aclamarle con el mayor ardor y decision. Nada se temía entonces de su ambicion, y solo se acordaban de su gloria. Durante el día se ocupó en recibir á los oficiales, á los funcionarios públicos y demas habitantes que se apresuraban á saludar en él al héroe caído.

No faltaron algunos oficiales que le animaron á ponerse á su cabeza para emprender de nuevo la resistencia, dejándose bien conocer cuanto le complacian tales instancias y los deseos que abrigaba de que los sentimientos de aquellos soldados llegasen á propagarse entre el pueblo. Así es que dió orden al general Becker para que despachase un correo á fin de informar al gobierno del entusiasmo que se habia despertado entre las tropas á su sola presencia, que le hacia temer que á su partida estallase una abierta resistencia, y por último á fin de anunciarle que por noticias llegadas de Rochefort, se sabia que el paso de la rada se hallaba cerrado para los buques por los cruceros ingleses. «El gobierno, repetia incesantemente, desconoce el espíritu que anima á la Francia; se ha apresurado demasiado á alejarme de París. Si hubiera adoptado mis últimas proposiciones, otra vez presentarian las cosas. Aun conservaria yo toda mi influencia en los asuntos públicos, y mi nombre hubiera servido de centro de reunion.» Finalmente, mandó también al general Becker que al escribir al gobierno se ofreciese como general de un ejército que defenderia á París.

Becker obedeció en silencio, dándole esta última muestra de su condescendencia, y con objeto tambien de hacer mas llevaderos los dolores é ilusiones de su prisionero.

XXVIII.

Habiendo llegado por fin á Rochefort el 3 de julio por la mañana, se apeó en la prefectura marítima. Su aspecto, durante toda la marcha, con referencia al general Becker, fué digno y tranquilo, permaneciendo siempre en silencio, sin que se oyese mas ruido que la respiracion de aquellas cuatro personas que ocupaban el carruaje. Parecia hallarse agobiado bajo el peso de una idea, abismado en sus pensamientos y sin apartar la mente de las eventualidades que pudieran acarrear un cambio de fortuna, circunstancia que solo de cuando en cuando dejaba traslucirse por el escaso número de palabras que se escapaban entre sus meditaciones.

La poblacion de Rochefort, á la cual habia Gourgaud advertido de su llegada, rodeaba la casa de su alojamiento, guardando un respetuoso silencio, interrumpido á veces por generosas aclamaciones que servian de alivio á su infortunio. Las dos fragatas que le aguardaban hallábanse ancladas en la rada, á un tiro de cañon de la isla de Aix, pero los vientos se presentaban contrarios y los ingleses permanecian ocupando las salidas de la rada. Los comandantes de marina y los oficiales de las fragatas se reunieron en consejo en la prefectura á fin de deliberar acerca de las posibilidades ó de los peligros del embarque y de la salida del puerto. Las probabilidades del riesgo, sin aparecer enteramente contrarias, no dejaban de ser de consideracion. Tratóse tambien de emprender la evasion de la rada por medio de bu-

ques ligeros, á propósito para burlar la persecucion de la escuadra inglesa, ó bien valiéndose de una embarcacion dinamarquesa que se habia ofrecido á defender al emperador con su pabellon y con su rapidez. Finalmente, se le propuso asimismo al emperador el trasportarse por tierra hasta el rio de Burdeos, en donde el valiente y decidido capitan Baudin se proponia recibirle á bordo de su fragata *la Bayadera*, jurando por su honor y pericia conducirle á los Estados Unidos.

El emperador, que asistia en persona á aquellos consejos, tomaba parte en las discusiones, oia todas las resoluciones, tomaba en su consecuencia disposiciones que á poco rato abandonaba por otras; dejaba en fin, trascurrir las horas fluctuando siempre sus decisiones conforme á la inestabilidad que dominaba su espíritu. ¿Seria por ventura cálculo ó irresolucion? ¿Era que aun aguardaba el último llamamiento de Paris, ó titubeaba en colocar al Océano entre su pasado y él? La opinion de los testigos de aquellas jornadas, perdidas á la vez para su salvacion y para su poder, es que él esperaba sin probabilidades de esperanza, y que creia que todo lo ganaba queriendo detener al tiempo.

XXIX.

El gobierno habia por fin contestado al despacho de Becker dictado por Napoleon, en los siguientes términos: «Napoleon deberá embarcarse sin retardo alguno. Si se hubiera hecho desde luego, sabemos por el prefecto de Rochefort que su salida no habria ofrecido obstáculo alguno. Ponemos, pues, su persona bajo vuestra responsabilidad, *debiendo hacer uso hasta de la fuerza* si fuere necesario, y guardándole siempre el respeto debido. Por lo tanto dispondréis se embarque inmediatamente. Res-

pecto al ofrecimiento que hace de sus servicios, nuestros deberes para con la Francia y nuestros compromisos con las potencias extranjeras no nos permiten aceptarlos, por lo cual no volverá á hablarnos de ellos.»

La severa impaciencia que se desprende de las palabras de aquel despacho firmado por Caulaincourt y Carnot, de cuya adhesion al emperador no podia dudarse, prueba suficientemente hasta que punto habian llegado á hastiarse sus mejores amigos de tan contiguas, irresoluciones. La amistad misma no podia menos de rebelarse contra tan ciega importunidad de esperanza. Davout habia escrito tambien al general que mandaba las fuerzas del departamento para que prestase su auxilio á Becker en caso necesario, con el fin de obligar á Napoleon á embarcarse. Véase, pues, que la capitulacion de Paris, terminada con el enemigo en aquel mismo dia, no permitia ya en manera alguna al gobierno contemporizar con el caido emperador.

Becker, con la lealtad que le era propia, manifestó á Napoleon las órdenes que acababa de recibir. «Y bien, ¿qué es lo que pensais hacer?» preguntó el emperador al general. «Mi posicion no es á la verdad la mas á propósito para dar consejos, repuso el general conmovido; mas, sin embargo, si alguno me es permitido aventurar, es el de que adopteis una pronta resolucion, y que cualquiera que ella sea la lleveis á cabo en el instante, por que es fácil que el nuevo gobierno trate de enviar otros ejecutores de sus órdenes, y en ese caso cesarian de todo punto los poderes que se me confiaron por el gobierno provisional y os veriais quizá amenazado de nuevos é ignorados peligros. — Mas en ese caso, replicó Napoleon, como queriendo leer en el ánimo de Becker, ¿vos nunca seriais capaz de entregarme? — No ignorais, contestó el general, que sabria vender cara mi vida por proteger y asegurar vuestra fuga, pero los comandantes de las fragatas, puestos ya á las ordenes de Luis XVIII, no

reconocerian para nada las mías. —Está bien; disponed, pues, las embarcaciones necesarias para trasportarnos á la isla de Aix,» dijo el emperador.

Reunidos á poco los buques en el muelle, el emperador se embarcó en la fragata *la Saale*. El prolongado grito de despedida que resonó desde la orilla, fué solo contestado por el golpear de los remos que le separaban del continente. El viento había arreciado, y el mar parecía agitarse por momentos, así que la travesía de Rochefort á la isla de Aix fué larga y trabajosa. El emperador permaneció á bordo de la fragata *la Saale*, y en ella pasó la noche acompañado de Becker, Bertrand, Savary y Gourgaud.

Eran las ocho de la noche; hora en que Luis XVIII, lanzado por Napoleón el día 20 de marzo, se instalaba en el palacio de las Tullerías después de haber atravesado las calles de París rodeado de las aclamaciones del pueblo que saludaba en él el advenimiento de la paz.

XXX.

El 9 al amanecer verificó Napoleón su desembarco en la isla de Aix. Así el pueblo como el regimiento de marina que guarnecía la isla, ocupaban toda la costa formando una gran masa ávida por contemplarle, y lanzando al aire mil aclamaciones. El destierro parecía mas bien un triunfo al contemplar el inmenso gentío que coronaba los buques, las orillas y los campos. El emperador revistó el regimiento, y después de haber recorrido la isla como saboreando los últimos goznes del mando, regresó á su fragata. Allí aguardaba el prefecto marítimo con una reciente instruccion del gobierno relativa á su embarque, en la cual se calificaba de alta traicion el acto de un nuevo desembarco en territorio francés. El

emperador, rehusando siempre las ofertas aventuradas hechas para salvarle, por el capitán Baudin, por el navio dinamarqués y por los jóvenes oficiales de la marina, que se comprometían á hacerle atravesar por entre los cruceros valiéndose para ello de ligeras embarcaciones, resolvió trasladarse á bordo del *Belerosfonte*, al mando del capitán Maitland, el cual se hallaba anclado en la isla de Oleron con un bric, cuyos buques componían todo el crucero inglés. Encargó á Mr. de Las-Cases que fuese á parlamentar con el capitán Maitland y á exigirle garantías de seguridad para el caso de que el emperador se refugiase á su bordo.

«No me es posible obligarme á nada, contestó el capitán Maitland; todo cuanto podré hacer en vuestro obsequio, es dar parte de nuestra entrevista al almirante Hotham, mi jefe superior, que se halla con el grueso del ejército en la bahía próxima de Quiberon, y os ofrezco transmitirlos la respuesta.» Habiendo ademas preguntado Mr. de Las-Cases al capitán Maitland, si permitiría el paso á las fragatas ó á otro cualquier buque neutral conduciendo á bordo al emperador Napoleón, el capitán le manifestó que atacaría á las fragatas siempre que fuesen enemigas, que haría prisionero á Napoleón, y que en el caso de que éste montase un buque neutral, detendría al buque y sometería á la decision de su gobierno la suerte que habia de caber á Napoleón. Dejó tambien entrever sus recelos de que se llevase á efecto la idea de trasladar á Napoleón á los Estados Unidos, é indicó á Las-Cases la de pedir un asilo á la Inglaterra, mas sin aventurar nada en este ultimo caso, respecto á la resolucion que pudiera adoptar su gobierno en la cuestion de la libertad ó cautiverio de Napoleón.

Las-Cases, á su regreso, dió cuenta al emperador del resultado de su entrevista y su ánimo no pudo menos de desmayar en alto grado. Entretanto, y apenas tuvo lugar la conversacion mencionada, el buque y el brie se reunieron viniendo á colocarse ambos á la salida de la rada, con la mira, á no dudarlo, de cortar la retirada á las fragatas, caso de intentar la fuga durante la noche. El capitán de una de estas, la *Medusa*, sintiéndose impulsado por la gravedad de las circunstancias y por la importancia del depósito que se le confiaba, propuso forzar el paso á todo trance, debiendo para ello adherirse al costado del *Belerofonte* y perecer si era preciso bajo el fuego de sus cañones antes que permitirle maniobra alguna, mientras que la *Saale*, combatiendo al brie hasta destruirle, lograrse poner al emperador en alta mar. Napoleon rechazó desde luego tan arriesgada empresa que habia de costar la vida á toda una tripulacion para conseguir su fuga. Prolongóse, pues, durante la noche su interminable indecision, sin que pudiera ocultársele por otra parte que el resultado de tan continuas dudas vendria á ser al fin la inevitable capitulacion de su persona, puesto que la escuadra reunida del almirante Hot- ham, avisada oportunamente por Maitland, iba á cercar la rada durante la noche. A pesar de todo, aun volvió á surgir en su mente, ó por lo menos así lo quiso hacer creer, la idea de aprovechar las ofertas del capitán de la Bayadera para atravesar el Océano, y al efecto comisionó al general Lallemand á fin de ponerse de acuerdo con aquel, volviendo tambien á oír las proposiciones del capitán dinamarqués. Pocas horas despues de esto mandaba embear sus equipages y bagages en las goletas

de carga para ser trasportados á bordo del buque inglés, al cual por fin se decidió á trasladarse él mismo. En el curso de aquella misma noche, sin embargo, pensó otra vez de distinto modo, y volvió á desembarcar en la isla de Aix, instalándose en la casa del director de ingenieros.

Los dias entretanto iban trascurriendo con mayor rapidez que sus pensamientos. Lallemand volvió de su comision, repitiendo siempre las mismas seguridades y las mismas instrucciones por parte del capitán Baudin, mas como Napoleon se veia otra vez en tierra, no parecia sino que esta le retenia á su pesar; así, pues, volvió á rehusar de nuevo las ofertas de la Bayadera, solicitadas dos veces por él mismo. Entonces pareció decidirse por las proposiciones que le hicieron algunos jóvenes alféreces de navío que pretendian armar dos playeros ó barcos pescadores anclados en la rada, y con su ayuda conducirle, costeando, á gran distancia de los cruceros ingleses despues de haber atravesado el Océano. Compráronse con efecto los barcos, se armaron las tripulaciones, se arreglaron los bagages, y todo quedó preparado en la apariencia para embarcarse antes de la aurora.

Becker anunció al emperador hallarse todo dispuesto á eso de la media noche. «Voy allá» respondió Napoleon disponiéndose á bajar á la playa. Las lágrimas y los lamentos de las personas de su séquito que se veian separadas de él en aquellas pequeñas embarcaciones, llegaron entonces á sus oidos. Por do quiera no se oia mas que esta palabra: «La Inglaterra.—¿Así lo quereis?» exclamó Napoleon en el instante, pues bien, iremos á Inglaterra! Aquel pequeño grano de arena consiguió hacerle vacilar y decidirle á cambiar de resolusion.

Todavía quiso conceder una noche mas á aquella vaga esperanza que alimentaba desde su salida de la Malmaison, pero esa noche no trajo mas de nuevo que la aparicion de la bandera blanca de los Borbones, flotando

en Rochefort y en todos los demas puntos de la costa. Volvió á enviar de nuevo á Las-Cases, á Savary y á Lallemand al *Belerofonte*, y su capitán les manifestó que se hallaba autorizado por su gobierno para recibir á bordo á Napoleon y su séquito, pero que él no podia garantizar de modo alguno si obtendrian ó no pasaporte ó salvoconducto para pasar desde Inglaterra á los Estados Unidos. «Esto no me ofrece garantía alguna,» respondió Napoleon despues del regreso de Lallemand. Mientras esto tenia lugar, el capitán dinamarqués insistia por su parte en que se le diese á él la preferencia. Napoleon quiso entonces volver á oír los consejos de sus amigos, los cuales, con la única escepcion de Lallemand, le rogaron encarecidamente que se pudiese en manos de la caridad británica antes de esponerse á correr los azares del mar y de ser arrojado por las olas á otras playas desconocidas y quizá inhospitalarias. Por fin cedió al impulso de tales consejos, muy conformes en verdad con sus propias resoluciones, y encerrándose en su habitacion escribió al príncipe regente de Inglaterra la siguiente carta, en la que se observaba al par que el acento de Mario á Minturnes, esa entonacion tan natural en un alma grande que lucha contra los últimos reveses de la suerte.

«ALTEZA REAL»

«Victima de las facciones en que se halla dividido mi pais y del odio de las grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y vengo como Temístocles á acogerme al hogar británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R. I., como del mas poderoso, del mas constante y del mas generoso de mis enemigos.»

NAPOLEON.»

Esta carta, dictada entre la patria que le negaba un trono, y el Océano que le negaba el recurso de la fuga, y á la que puede muy bien llamarse el epitafio de su vida política, es digna de inscribirse en la postrera página de su decadencia. Allí está reasumido con una dignidad triste y tranquila todo cuanto habia sido hasta entonces y lo que consentia ser en lo sucesivo: Dueño de la Europa, implorando la hospitalidad de la única isla que el Océano habia preservado de su dominacion, hacia un llamamiento á la lealtad y á la generosidad de un enemigo, llamamiento que no debió ser desechado si la Inglaterra hubiera tenido en mas la grandeza moral de su hospitalidad que la seguridad política del mundo. La Inglaterra acaso hubiera cometido tan generosa imprudencia á haber podido obrar por sí sola, pero formaba parte de esa cruzada europea contra el hombre que habia subyugado y dominado al continente, y la grandeza de alma puede tal vez esperarse de una corte, mas nunca de una coalicion. Los actos colectivos son mucho mas implacables que los individuales, porque nadie carga en ellos con la responsabilidad ante el género humano. Un hombre de Estado puede á veces dejarse llevar de su corazon; un congreso de reyes no escucha mas voz que la de la política. La venganza aconsejaba represalias, la política autorizaba á los soberanos para no fiarse ya de un hombre que habia roto el tratado de Fontainebleau y habia vuelto á apoderarse con espada en mano de ese mismo territorio y de ese trono á que él mismo habia renunciado en aquel tratado.

Pero lo que nunca podrá á la verdad ser bastante deplorado por honor á la magestad y á la moralidad de la historia, es que la Inglaterra no haya sabido responder con un asilo magnánimo á la carta de Napoleon. La grandeza y la elevacion del alma constituyen la soberana prudencia, y jamás ha engañado su virtud.

Gourgaud fué el encargado de conducir á Lóndres esta carta, llevando ademas instrucciones á fin de hacer todos los esfuerzos imaginables para obtener una audiencia del príncipe regente, á quien se suponía de ánimo leal, aunque algo débil; debía exigir para Napoleón una residencia en el campo y á una distancia no muy apartada de Lóndres; que él por su parte se obligaba á vivir como hombre privado y á adoptar el nombre de *Muiron* ó de *Duroc*, nombres ambos de dos compañeros de armas muy queridos y que ya no existían, con los cuales reemplazaba el suyo propio llevado de una especie de superstición sostenida por su recuerdo, demostrando en esto un tierno sentimiento que le honraba sobremanera, y por último, debería hacer presente que se hallaba dispuesto á aceptar la vigilancia de una comision que residiria cerca de él.

Por medio de una segunda carta dirigida en nombre del emperador al capitán Maitland, por el mariscal de palacio Bertrand, se le hizo saber á dicho gefe que Napoleón se trasladaba á bordo del *Belerofonte* á las cuatro de la mañana. Gourgaud y Las-Cases, encargados de entregar aquellas cartas, partieron durante la noche para ponerlas en manos del capitán Maitland, embarcándose al efecto en un ligero buque que debía conducirles á las costas de Inglaterra con objeto de cumplir su mision.

La noche del 15 al 16 de julio fué tambien para Napoleón una nueva série de irresoluciones, de ansiedades de dudas y de ruegos por parte de los decididos marinos que habian jurado librarle del desleal asilo que iba á reclamar de sus enemigos. Luchando estaba todavia con

sus dudas, cuando vino Becker á anunciarle la llegada de Mr. de Bigny, capitán de fragata y sobrino del abate Luis, procedente de Gante á donde habia ido acompañando al rey, y el cual, segun decian, venia encargado de apoderarse de la persona de Napoleón si aun persistia en prolongar por mas tiempo su permanencia en una isla francesa, por cuyo solo hecho se hallaba fuera de la ley.

Vistióse Napoleón como para asistir á una de las mas grandes solemnidades de su vida, y habiéndose embarcado con el general Becker y sus oficiales en una lancha, pasó en seguida á bordo de un brie francés que le aguardaba para conducirle hasta la escuadra inglesa. Becker, que se hallaba á su lado, le pidió permiso para no abandonarle hasta el momento en que fuese á dejar la embarcacion francesa. «No os movais, general, respondióle el emperador con esa delicadeza de sentimientos que prueba la solicitud de un hombre de honor por la buena fama del encargado de su custodia; no os movais, y pensemos antes que todo en la Francia; si me seguís hasta el *Belerofonte*, quizá podría creerse que érais vos quien me entregaba á los ingleses, cuando por un efecto de mi propia voluntad paso yo mismo á bordo de los cruceros de aquel país; no quiero, pues, que pese en manera alguna sobre la Francia la mas ligera sospecha ó apariencia de semejante traicion.» Despues teniendo su mano á Becker, le dijo estas palabras: «Dadme un abrazo, general, y recibid las mas sinceras gracias por todo lo que habeis hecho por mí; solo siento no haberos conocido antes. Adios...» Becker, conmovido y sin poder contener sus lágrimas, le abrazó deseándole mejor suerte que la que habia á su patria.

rada de Plymouth á las órdenes del almirante Keith, quien supo dispensar al emperador el mismo respetuoso recibimiento de que habia sido objeto en la escuadra del almirante Hotham. La curiosidad que se despertó en los ingleses de contemplar á bordo del buque que conducia al fugitivo emperador de los franceses, el monumento de una de las mas grandes vicisitudes de la suerte, era causa de que así de dia como de noche, la rada de Plymouth se viese cubierta de una nube de lanchas y embarcaciones. Aquel tan decidido empeño tenia todas las apariencias del entusiasmo, puesto que los hombres se inclinaban á prestar su admiracion á todo lo grande, cuando ha desaparecido el temor que aquello mismo pudiera inspirarles. Napoleon habia caido en poder de la Inglaterra, y bastaba esto solo para atraer sobre sí las miradas de todos. El espectáculo de aquella maravilla de la fortuna, forma por sí solo una época en la vida.

La carta de Napoleon al príncipe regente habia sido puesta en manos del consejo de ministros de Londres, mas éste no se creyó con derecho á deliberar por sí solo acerca de la suerte de su enemigo, que habia venido á parar á manos de la Gran Bretaña por efecto de las vicisitudes de la guerra sostenida en union con sus aliados. No pudiendo, pues, considerar á Napoleon sino como prisionero de la coalicion y confiado en depósito á la Inglaterra, declinaron aquellos ministros la responsabilidad de una decision, de un cautiverio ó de una hospitalidad en el suelo británico. Solo la necesidad fué la que arrojó á Napoleon, una vez vencido, y cuando hasta la tierra habia de entre sus pies, á bordo de uno de los buques de aquella nacion. Si por ventura él se hubiese rendido sobre el campo de batalla á un oficial ruso, prusiano ó austriaco, hubieran acaso reconocido en el rey de Prusia, en el emperador de Rusia ó en el de Austria el derecho de disponer por sí solos del enemigo común. Clafó es que no, y he aquí

XXXIII.

El bric se dirigió rápidamente hácia el *Belerofonte* á bordo del cual fué recibido el emperador por el capitán Maitland, por sus oficiales y demas soldados de la tripulacion con el aparato y respeto debidos á su dignidad, á su nombre y á su desgracia. El bric se alejó en seguida haciendo resonar en el espacio el postrer grito de *viva el emperador*, y en aquel mismo instante vióse aparecer la bandera blanca sobre todas las embarcaciones surtas en la rada.

El segundo imperio habia terminado. Napoleon, colocado sobre la cubierta de un buque de guerra inglés, veia desaparecer al propio tiempo que sus colores los últimos vestigios de su aparicion en el continente, dudando en su interior si aquel puente que hollaba con sus plantas seria mas bien una prision que un asilo.

El almirante Hotham, persona que reunia á las mas distinguidas maneras un ánimo muy digno y elevado, siendo, por decirlo así, el verdadero tipo de la aristocracia naval de Inglaterra, tanto por su presencia como por sus sentimientos, pasó pocos momentos despues á bordo del *Belerofonte*, y habiendo pedido al emperador que á la sazón se hallaba ya en su cámara, el oportuno permiso para ofrecerle sus homenajes, tuvo con él una respetuosa entrevista. Al siguiente dia fué recibido á bordo del navio almirante, haciéndosele todos los honores debidos á un soberano que visita su propia flota. Terminada aquella recepcion, regresó el emperador al *Belerofonte*, haciéndose á la vela para Torbay, donde se reunió con Gourgaud, al cual no le habia sido permitido bajar á tierra, ni desempeñar por consiguiente su mision cerca del príncipe regente. El *Belerofonte* echó anclas en la

por lo tanto el motivo de haberse consultado á las potencias aliadas, las cuales acordaron hacer la siguiente declaración:

«Artículo 1.º Las potencias signatarias del tratado de 5 de marzo último, consideran á Napoleon Bonaparte como su prisionero.

«Art. 2.º Su custodia queda confiada especialmente al gobierno británico.

Art. 3.º Las potencias nombrarán comisarios con el encargo de residir en el mismo punto que el gobierno británico designe como residencia de Napoleon Bonaparte.»

Al cumplir de este modo la Inglaterra con el deber de no disponer por sí sola de la suerte de un prisionero colectivo, aceptó, sin embargo, tres cargos á cual mas odiosos, que mancharán para siempre su historia: el haber entregado á la Europa un refugiado no aprehendido sobre el campo de batalla sino despues de haberse dirigido voluntariamente á pedir hospitalidad en aquel suelo; el de ser la encargada de vigilarle en su destierro, y por último, el de elegir el punto de su prision. He aqui, pues, á la Inglaterra, á ese campeon del mundo, convertida en carcelera y echando sobre sus hombros los rigores, las distancias y las maldiciones del cautiverio. Su gloria no pudo menos de resentirse de ello, pues si bien es verdad que el acto de otorgar la hospitalidad, mas generoso en sí mismo hubiera sido menos recomendable á los ojos de las potencias sin ofrecer tanta seguridad para lo futuro, tambien hubiera sido mas humano para las generaciones y mas magestuoso para la historia.

XXXIV.

Los seis dias que trascurrieron en la rada de Plymouth, empleólos Napoleon en formar conjeturas sobre su

suerte, en lanzar ojeadas á las costas de Inglaterra, y en contemplar el efecto de su popularidad entre sus enemigos, que llegaba hasta el punto de disputarse el momento de poder distinguir su perfil que se delineaba en la popa del *Belerofonte*. Esta curiosidad era para él la medida de su grandeza, gozándose de este modo en el espectáculo de sí mismo. Su ánimo parecia que iba recobrando toda su calma con el reposo, y á pesar de haber llegado al colmo de su ruina, todavia en aquella ruina se vislumbraba un resto de su gloria.

El dia 7 de agosto fué conducido á Torbay en el *Belerofonte*, y alli fué recibido por el almirante Cockburn á bordo del *Northumberland*. Exigiéronle que entregara su espada como un prisionero de guerra, lo cual no pudo menos de indignarle, abochornándose mas bien por sus enemigos que por sí mismo. Los almirantes, sin poder ocultar el sonrojo que sentian, se decidieron por respetar la susceptibilidad de aquel guerrero, habiendo sido desarmados únicamente Bertrand, Savary, Lallemand, Gourgaud, y demas compañeros de armas. Napoleon, antes de dejar el buque que le habia conducido hasta alli en compañía de sus amigos, y de trasladarse al *Northumberland*, se vió en la sensible precision de deshacerse de una parte de su comitiva. Hasta el mismo Savary fué comprendido en esta disposicion, permitiéndole solo la permanencia á su lado de Bertrand y su familia, Las-Cases y su hijo, Mr. y Mad. de Montholon, Gourgaud, y aquellos de sus criados de mas confianza. Despidióse, pues, por última vez de todos los demas, y como recibiese en aquel mismo momento la capitulacion de Paris, marchó á encerrarse solo en la cámara del buque, donde se le oyó desahogarse en profundos gemidos. Napoleon, á quien nadie habia visto jamás derramar una sola lágrima ni sobre los cadáveres de cuatrocientos mil hombres enterrados entre las nieves de la Rusia, ni á la vista del desastre de Leipsik, ni al perder el imperio

en Fontainebleau, ni, finalmente, en los campos de Waterloo, Napoleon, pues, lloró de vergüenza al pasar su vista por los detalles de la segunda ocupacion de París, y al verse obligado á separar de sí al corto número de amigos y compañeros de su destierro, arrebatados de su lado por la crueldad de sus enemigos. Por lo demas, ya á la sazón sabia el emperador que el punto señalado para su residencia era la isla de Santa Elena.

Despues de haber luchado largo rato para ocultar sus lágrimas, mas sin poder sofocar completamente sus gemidos, consiguió recobrar toda la magestad propia de su desgracia, y se trasladó á bordo del *Northumberland*, no sin dejar antes firmada la siguiente protesta, primera represalia de su infortunio contra el gobierno inglés; y como, por decirlo así, aquel es su llamamiento á la historia, en esta es donde debe quedar consignada para siempre.

«Protesto desde aqui solemnemente, dijo en aquella acta dirigida á los tiempos venideros, protesto á la faz del cielo y de los hombres contra la violacion de mis sagrados derechos, al disponer por la fuerza de mi persona y libertad. Yo he venido libremente á bordo del *Belerofonte*, y no soy prisionero, sino huésped de la Inglaterra.

«Desde el punto en que pisé el costado del *Belerofonte*, me coloqué bajo la proteccion del pueblo británico. Si el gobierno al dar sus órdenes al capitan de aquel buque para que me recibiese á su bordo con comitiva, solo trató de tenderme un lazo, ha cometido una traicion y ha deshonrado su pabellon.

«Si este acto llegase á consumarse, en vano pretenderán ya los ingleses hablar de lealtad, de sus leyes ni de su libertad. La fé británica habrá desaparecido con la hospitalidad del *Belerofonte*.

«Apelo al juicio de la historia; ella dirá que un enemigo que por mas de veinte años hizo la guerra al pue-

blo inglés, vino libremente en medio de su infortunio á buscar un asilo bajo sus leyes. ¿Ni que otra prueba mas evidente podia él dar á esa nacion de su aprecio y de su confianza? ¿Cómo correspondió, sin embargo, la Inglaterra á tanta magnanimidad? Fingió al pronto tender su mano hospitalaria al enemigo, y cuando le vió entregarse de buena fé, entonces le inmoló.

NAPOLÉON.»

El 8 de agosto durante la noche, desplegó el *Northumberland* sus velas al viento que debia impelerle con direccion á Santa Elena, y á la salida del sol del dia siguiente, aun se distinguian á lo lejos las costas de la Francia. Napoleon fijó en ellas sus ojos por largo tiempo, y exclamó al perderlas ya de vista: «Adios, tierra de valientes!» Pronunciadas estas palabras, entregóse ya el prisionero á esa vida ociosa é indolente, propia de los que hacen por mar una travesía que suspende toda accion y adormece el pensamiento.

Dejémosle, pues, bogar hácia su isla, y anudemos otra vez la relacion de los sucesos, de cuyo objeto nos hemos distraido por el interés que inspira esa gigantesca fortuna de un grande hombre, que aun vencido, sabe sobreponerse á su destino, siquiera su corazon palpite con mas fuerza en semejante situacion bajo el inevitable imperio de las cosas humanas.